

La Casa de la Vida Emilia Oliva

Hace mucho, mucho tiempo, cuando las palabras encontraron el camino de la piedra, del barro y la ceniza, los hombres comenzaron a escribir los símbolos que identificaban a aquellos que admiraban: el rey, el guerrero.

El ritual mágico de la curación de los cuerpos se envolvía en conjuros, letanías de palabras sin sentido, que por ser sagradas, encontraron rápidamente el camino del templo.

El saber, recogido en tablillas de barro, de cera, de madera o de piedra, pertenecía a los dioses y se almacenaba en lo más profundo del templo.

Tuvieron que pasar varios siglos, para que las palabras que nacían de la boca y se engarzaban en historias en labios de los más sabios, por viejos, empezaran a reptar como huellas de animales invisibles en la seda, la madera, el papiro o la piel de becerros no nacidos.

Aunque fue la antigua Grecia la que sacó el saber de los templos y puso los libros enrollados al alcance de todos los que aprendían a leer fundando las primeras bibliotecas públicas, me gusta volver a la magia que evoca el antiguo Egipto. La escritura, que era el saber de unos pocos, los Escribas, ya empezó a almacenarse en el interior del templo con dos funciones diferenciadas: por un lado, la custodia y conservación de los papiros se realizaba en lo que los egipcios denominaron, con palabras certeras, la Casa de los Libros.

En el mismo lugar del templo, y con vocación sagrada, restringida, los Escribas, leían, copiaban, descifraban e interpretaban esos mismos papiros. Esa función se realizaba en un espacio que llamaron, con mucho tino, la Casa de la Vida. De algún modo, el lector-escriba daba vida a los papiros enrollados haciendo volar los signos que dibujaban el mundo para aprehenderlo.

Esa capacidad de dar cuerpo, de dar el ser de las palabras, no nos ha abandonado del todo. Antes de ser, cada uno de nosotros, somos primero las palabras que nos anticipan: “*Será alto, guapo y con los ojos azules*”, decía la voz en off de un anuncio de gel de baño, en la televisión, hace unos años, mientras asistíamos a la ducha placentera, soñadora, sosegada de una embarazada. Se llamará *Nadia, Salma, Steven...* nombran los padres a sus hijos antes de saber siquiera, si ese ser que ha empezado a latir en el vientre de la madre, llegará a término.

Todo un mundo de palabras nos dan forma y preparan el camino que hemos de recorrer. “*Sana, sana, / culo de rana, / si no sana hoy, / sanará mañana*”, invocamos el conjuro, las palabras mágicas, ante el desconsolado llanto del pequeño que se ha golpeado, herido, y le calmamos, como los antiguos chamanes, sacerdotes o magos cuyo poder les venía de Dios y les hacía poseedores de un saber cifrado en palabras incomprensibles.

No puedo encontrar mejor definición para nuestras bibliotecas que aquella que ya les dieron, en sus orígenes, los antiguos egipcios: La Casa de la Vida. Maravillosos secretos y misterios se encierran en los libros.

La voz de los muertos emerge en las palabras leídas con la misma frescura con la que las escribieron cuando estaban vivos. Este diálogo más allá de la muerte, tan buscado por los reyes egipcios, no podía sino guardarlo, con celo, en las secretas bibliotecas donde trabajaban, con dedicación exclusiva, los Escribas. Los libros, con las hojas cerradas, posados en los estantes, no son sino mariposas que esperan pacientes el momento de elevar el vuelo y desplegar, en la magia de sus alas, la cartografía de todos los mundos posibles. Hoy, los libros mariposa están en plena metamorfosis, convertidos en gusanos de luz, centellean palabras en pantallas luminosas. Bienvenidos a la Casa de la Vida, que no es otra que la Casa del Espíritu.